Miércoles, 18 de julio 2012

Al otro lado de la Negación

http://thearchdruidreport.blogspot.com.es/2012/07/on-far-side-of-denial.html



A cualquier lector de este blog que haya crecido, como yo, viendo viejas series de ciencia ficción en blanco y negro reeditadas para el mercado de la televisión se le puede perdonar la sobredosis de déjà vu que le va a dar en este momento. Siempre, al final de cualquier serie, hay un momento inevitable en que el mal supremo exclama: "*¡No! ¡No puede ser! Soy invencible!*" Por lo general sigue un primer plano del disparo en la cara siniestra del mal supremo, y a los quince segundos (poco más o menos) hay una explosión cataclísmica que vaporiza al mal supremo, a su rayo de la muerte, a su fortaleza de fatalidad, a sus legiones de terror y a todo lo demás que se encuentre en un radio de dos de diámetros planetarios. Sólo se salva el héroe y otros personajes que sean lo bastante simpáticos como para que los guionistas les permitan ponerse a salvo tras un escudo de circonita.

Pues bien, ya lo he dicho. ¡Prepárate para la explosión!.



El ejemplo en que ahora mismo estoy pensando es Lord Browne, ex presidente de British Petroleum y ahora un importante magnate de la industria del fràcking. Hace unos días, en una aparición pública, insistió en que los Estados Unidos podrían dejar de importar petróleo en 2030, debido a que (y cito textualmente) el suministro de gas de esquisto que la tecnología de fracturación hidráulica producirá en EE.UU. será a efectos prácticos infinita.

Ejem.

Me pregunté si Lord Browne, podría haber sido uno de los concursantes en el concurso de Monty Python sobre estupideces del año de la clase alta (Monty Python - Upper-Class Twit of the Year). Browne lleva mucho tiempo en la industria del petróleo, y gracias a ello ha tenido todas las oportunidades para descubrir que la palabra "infinito" no puede aplicarse a los combustibles fósiles. Por supuesto, quizá simplemente sólo es el tipo de baladroneo y autobombo que no veíamos desde hacía un tiempo (cuando las entidades hipotecarias y los agentes de bienes raíces, apremiados por contundentes razones financieras pasaban gran parte de su tiempo expresando nociones igualmente vagas, amplias e inexactas sobre la “boyante” situación de su mercado). Sin embargo, sospecho que hay más cosas en juego que esto.

En los últimos seis meses o así se ha vertido en los medios de comunicación un extraordinario torrente de tonterías sobre los ilimitados suministros de gas y petróleo, pavadas emitidas por una igualmente extraordinaria variedad de personas que deberían saber de lo que hablan. Hemos visto a expertos afirmar en voz alta que los Estados Unidos se habían convertido en exportador neto de petróleo, cuando lo que estaba pasando era que pequeñas cantidades de gasolina y otros productos refinados del petróleo, que los estadounidenses son demasiado pobres para pagar en la actualidad, se están vendiendo a países extranjeros más prósperos. Hemos visto que la tecnología del fràcking (algo que la industria petrolera lleva décadas usando) se presenta como un nuevo avance tecnológico; hemos visto como el esquisto de la cuenca de Bakken (conocido desde la década de 1970 y que en realidad no contiene mucho petróleo) es proclamado como el nuevo descubrimiento que cambia la estrategia del juego; hemos visto las mentiras más descaradas proclamadas como hechos fehacientes —estoy pensando aquí en el experto a quien critiqué en un post anterior, que insistía en que las pizarras de kerógeno son exactamente lo mismo que lo que se está explotando en el Bakken, y que por lo tanto los

EE.UU. poseen una cantidad inimaginablemente absurda de petróleo de esquisto listo para el bombeo—.

Durante las últimas semanas, varios de mis colegas escritores pico del petróleo han expresado preocupaciones acerca de este profuso derramamiento de bobadas irracionales. A mí me parece un signo muy esperanzador. Lo que estamos viendo es la ruptura del consenso que ha obviado cualquier discusión sobre el pico del petróleo del debate colectivo de nuestro tiempo. Un montón de expertos que callaron como muertos sobre el pico del petróleo ahora están hablando de ello sin parar. A pesar de que gritan desaforadamente que algo así no puede suceder y rascan alrededor de cualquier argumento, por débil o descaradamente falso que sea, hablan sin parar de ello.

Es decir, la sociedad industrial está entrando colectivamente la etapa de negación.

La cinco etapas del duelo Elisabeth Kübler-Ross son aplicables al tratamiento mediático del pico del petróleo. Son tan conocidas que apenas necesitan explicación. Y no se aplica sólo al pico del petróleo: la secuencia de negación, ira, negociación, depresión y aceptación se ha convertido en parte de la moneda común del pensamiento en el mundo moderno. A pesar de sus inconvenientes y de los que lo critican —y hay mucho de ambos— el modelo de cinco etapas explica razonablemente bien la forma en que muchas personas afrontan el proceso de duelo en muchísimos contextos. Después de todo, eso es lo que se espera que aporte una buena estructura teórica.

Las cinco fases se ajustan a la experiencia personal de quienes nos hemos preocupado por el pico del petróleo. Hemos visto muchas veces (e incluso a nosotros mismos nos ha pasado) como se va pasando por las cinco etapas. Comienza con la **negación** (*un momento... no es posible que suceda, estoy seguro de que van a encontrar algo, debe haber un montón de petróleo por algún sitio*). Sigue la etapa de la **ira** (*todo es culpa de los políticos, de los banqueros, de las compañías petroleras, de los árabes, de los reptilianos extraterrestres, de quien sea. Tenemos que denunciarlo contundentemente en nuestros blogs favoritos*). Después llega el acuerdo de **negociación** —*la edad de la abundancia ha terminado, pero si construimos un montón de aerogeneradores, o compramos café ecológico, o acudimos a reuniones en las que todos lleguemos a un consenso sobre el futuro agradable y acogedor que pensamos que queremos , todo saldrá bien, ¿verdad?—* La cuarta fase es la **depresión** (*hemos fracasado como especie, la humanidad es irremediablemente horrible, sería mejor para el universo si Gaia nos fulmina y nos extinguimos como la plaga que somos para el planeta, y así sucesivamente*). Por último se llega la **aceptación**, *cuando se orillan los problemas emocionales sobre el fin de la era del petróleo y uno puede llegar a trabajar en las cosas realmente prácticas*.

Por supuesto, algunas personas pasan por las etapas en un orden diferente, algunas personas se saltan una o varias de ellas, y algunas personas se atascan en una u otra fase. (Kubler-Ross reconoció que lo mismo sucede en los distintos tipos de duelo que ella estudió, un punto que sus críticos suelen olvidar.) Sin embargo, el modelo se mantiene incólume en la escena del pico del petróleo porque el proceso de las cinco etapas se puede rastrear en las experiencias personales de una gran cantidad de personas que pasan por un despertar al pico del petróleo. Todo eso bastante común en la escena picoilera; lo que no creo que muchos de nosotros hayamos previsto, sin embargo, es que el mismo proceso también puede ocurrir a nivel colectivo. Sugiero que esto es lo que ha estado pasando en los últimos meses, y es el origen de las diatribas contra el pico del petróleo que todos hemos visto surgir como hongos en otoño en los medios de comunicación.

Con esto en mente, me gustaría comentar someramente un trabajo mucho más útil en la etapa actual del debate pico del petróleo. Feasta (la Fundación de economía por la sustentabilidad) acaba de publicar un estudio realizado por David Korowicz sobre el modo en que una crisis financiera podría iniciar una implosión económica global al destrozar las artimañas fiscales que mantienen en funcionamiento el comercio internacional. (Usted puede descargar el PDF aquí.) Se trata de un análisis reflexivo, y se toma su tiempo en hacer supuestos explícitos, lo que es útil; en los poquísimos lugares donde se ejecuta sin descarrilar, es bastante fácil rastrear las premisas que rigen el estudio y averiguar dónde está el problema.

Korowicz argumenta, si se me permite simplificar su cuidadosa prosa, que el actual sistema financiero mundial es un completo desastre que en cualquier momento podría hacerse añicos, por una gran variedad de factores de estrés o tensiones de todo tipo, incluyendo el pico del petróleo. Sugiere, además que toda la estructura de los flujos de dinero, de crédito y de divisas que apoya el comercio mundial de pequeños lujos (como alimento suficiente para comer todos los días) también podía venirse abajo, produciendo un infarto fiscal que podría quebrar las cadenas de suministro y paralizar las economías de la mayoría de las naciones en cuestión de días o semanas.

¿Es este un escenario plausible? Es mucho más que eso, algo similar ocurrió a finales de 1932 y principios de 1933 en los Estados Unidos. Un sistema bancario que había sido fatalmente castigado por la crisis del mercado de valores de 1929 y por sus secuelas, se apuntaló temporalmente con dinero federal (entonces se llamó Corporación para la Reconstrucción Financiera, muy parecido al actual programa de compra de activos problemáticos, Troubled Asset Relief Program oTARP), pero lastró el sistema con enormes cantidades de deuda sin valor en un momento en que la economía no estaba preparada para la contracción económica del momento y se añadió al guiso la gravísima crisis económica en Europa (sobre todo en Alemania, busque en internet información sobre la República de Weimar). La consecuencias fueron terribles; la pérdida de la confianza básica en la economía basada en los créditos se evaporó; nadie podía estar seguro de que el banco en que guardabas tus depósitos o te había concedido préstamos aún estaría abierto al día siguiente; se sucedieron las quiebras de bancos en cadena y toda la economía tembló. El sistema reventó. No se podían cobrar los cheques, las empresas no podían pagar a sus proveedores o recibir el pago por sus productos, y muchas de las consecuencias negativas que Korowicz esboza sucedieron realmente.

¿Podría ocurrir de nuevo, en una escala global? ¡Se admiten apuestas! Sin embargo, algo que falta en el análisis Korowicz son las secuelas. Frente a la realidad inminente de colapso nacional, el gobierno de Estados Unidos no se cruzó de brazos, que es lo mínimo que se espera que hagan quienes tienen la capacidad de actuar en los colapsos repentinos. Actuó rápidamente: nacionalizó temporalmente todo el sistema bancario estadounidense, declaró que todos los activos en poder de los bancos eran propiedad del gobierno hasta nuevo aviso, ilegalizó la propiedad privada de oro por los ciudadanos estadounidenses y ordenó que cada pieza de oro mayor que la alianza de la boda fuera vendido al gobierno a un precio fijo inferior al del mercado, con fuertes condenas legales para cualquiera que tratase de aferrarse a su oro. (Y tampoco me estoy inventando nada de esto. ¡Despierta!) Alimentado con los activos bancarios incautados y el oro confiscado, el gobierno pudo destinar dinero a los bancos nacionalizados, de modo que éstos pudieron satisfacer las demandas de efectivo y detener el pánico en las oficinas. Tras la vuelta a la estabilidad, los bancos volvieron ser de propiedad privada y les fueron devueltos sus activos, aunque el oro siguió siendo un monopolio del gobierno durante varias décadas.

Este tipo de medida drástica no es excepcional en la historia económica. Alemania, en la década de 1920 acabó con su época de hiperinflación mediante la emisión de una nueva moneda, el rentenmark, que fue respaldado por una enorme hipoteca sobre todo el patrimonio inmobiliario del país. Otras naciones han hecho cosas aún más desmedidas. Una nación enfrentada al colapso, téngalo en cuenta, tiene muchas opciones, y también los medios, el motivo y la oportunidad de usarlas.

Es justo señalar que este tipo de respuesta drástica es algo que el estudio Feasta excluye específicamente. Uno de los supuestos básicos de Korowicz, y así lo declaró en su estudio, es que los gobiernos respondan a las crisis mediante la elección de la opción mínima que piensan que va a resolver el problema inmediato. Es una suposición razonable, si la supervivencia nacional está en juego, pero en ese punto la historia demuestra sin lugar a dudas que el supuesto muchas veces supera la capacidad de reacción. Los Estados-nación son buenos para sobrevivir, por eso se han convertido en la forma estándar de organización política humana en el ecosistema ferozmente darwiniano de la historia moderna, y es difícil pensar en cualquier cosa que un Estado-nación no sea capaz de a hacer si cree que su supervivencia está amenazada.

Dicho esto, el estudio de Korowicz apunta al modo (bastante probable) en que podría desarrollarse la próxima gran crisis del mundo industrial. Si bien es cierto que las naciones afectadas por la crisis podrían dar una respuesta inteligente y coordinada (el equivalente al uso de unas palas de desfibrilador sobre sus economías extenuadas, y lograr que su corazón vuelva a latir del corazón de nuevo) no cambia el

hecho de que un colapso financiero seguido de una ruptura parcial de la cadena de suministro daría paso a una crisis masiva, el tipo de suceso que podría sumir a cientos de millones de personas en la pobreza permanente y hundir a la economía mundial (que será mucho menos capaz de reaccionar con medidas drásticas) en un largo declive. Estamos de acuerdo en que el paciente tiene una enfermedad terminal; la pregunta es simplemente si los primeros auxilios pueden conseguir que su corazón vuelva a latir, lo que alargaría el proceso de la muerte.

Por supuesto, el estudio Feasta apenas se discute en gran parte de la blogosfera picoilera. La fascinación por un repentino colapso no es más que una forma de negación. Es el llamado acantilado Séneca (aunque es de justicia señalar que Séneca se refería a la moral no a la supervivencia de la civilización; la decadencia de la civilización a la que Séneca pertenecía duró siglos). Ambos fenómenos —por un lado la fascinación por el acantilado Séneca en el ambiente picoilero y por otro lado las delirantes declaraciones sobre el petróleo de esquisto, las infinitas reservas en la cuenca de Bakken etc. en el imaginario colectivo de la sociedad industrial en su conjunto— son dos formas de la fase de la negación. Para los cornucopianos viene a ser una forma de autoengaño, de pretender que nosotros y los nietos de nuestros nietos no tendremos que soportar largos siglos de decadencia futura, algo que, seamos sinceros, es mucho más aterrador que un colapso repentino. Afirmar que todo habrá terminado en un estallido Séneca no es muy diferente de confiar en que no todo irá genial, **son dos manifestaciones de la negación.**

Dejando al lado las reflexiones irónicas sobre Saurones y Darth Vaders (los servidores del mal absoluto), sospecho que tenemos mucho trabajo por delante. Los expertos y los publicistas corporativos han enloquecido con la idea del suministro infinito —no se me ocurre en realidad que haya nada más inútil que estas afirmaciones estridentes que reflejan de manera contundente que lo único que estamos haciendo con el fräcking es rebañar el fondo de la olla— lo que no es más que una prueba evidente de la dura realidad, que dos sectores económicos cruciales (enegía y sector financiero) serán muy duramente castigados a medida que las consecuencias del pico del petróleo sean tan evidentes como los efectos de la entrada de un elefante en una cacharrería. Pero como el deambular del elefante es bastante vago, sospecho que el mismo tono frenético continuará por un tiempo hasta que finalmente superemos la fase de la negación para pasar a la siguiente...

Para quien no lo sepa, **la siguiente fase es la ira**. Y ciando llegue esa etapa más nos vale estar preparados para la inevitable explosión.